

21. LA MENTE DE LAS MUJERES

ANDRÉS MONTERO GÓMEZ

A mi querida Enriqueta, por ser libre
y por hacernos a nosotros y a nosotras
más libres. Ella sabe que lo que somos es
el producto inexorable de cuanto podemos
hacer para serlo. Si queremos cambiar el mundo,
tenemos inevitablemente que hacer para cambiarlo.

SUMARIO: 1. AL PRINCIPIO FUE EL SER HUMANO, LA SER HUMANA.—2. LA MENTE DE LA DIFERENCIA.—3. EL IMPERATIVO BIOLÓGICO.—4. LA MENTE QUE DIRIGE.

Cualquier mujer a lo largo de la historia de la humanidad ha podido ser el resto de las mujeres, todas las mujeres. La sustancia de todas ellas es idéntica. Las mujeres son seres humanos. En eso, en su cualidad humana, son exactamente iguales que los hombres. Hombres y mujeres son seres humanos.

1. AL PRINCIPIO FUE EL SER HUMANO, LA SER HUMANA

Que una ser humana mujer fuera quemada como bruja en el medioevo de la Inquisición, alcanzara la presidencia de Israel en la era contemporánea, fuera considerada como un objeto carente de derechos políticos, como una reina matriarcal en unas culturas o como un útero reproductor al servicio dominante del hombre en otras, o fuera declarada la fuente originaria del pecado católico o, por el contrario, de la fertilidad y la sabiduría, ha tenido que depender forzosamente de algo necesariamente distinto a aquello que a todos y todas nos hace iguales.

Hasta después de la Segunda Guerra Mundial los homínidos y homínidas del planeta Tierra no se reconocieron los unos a los otros como iguales. Tras asistir al horror de la aniquilación sistemática de unos seres humanos a manos de otros, la humanidad concluyó que esos que eran ultrajados y asesinados eran iguales, en esencia, a esos otros que los estaban violando dispuestos a extinguirlos. Esa esencia que nos reconocíamos como inherentes a cada uno de los nosotros es la humanidad.

Es cierto que hasta la mitad del siglo XX no hemos declarado que somos seres humanos y que nadie puede reconocernos como tales, sino que lo somos antes incluso que cualquier reconocimiento. La Declaración Universal de los Derechos Humanos es un reconocimiento a nuestra necesidad de que no exista reconocimiento, de que nadie nos reconozca como seres humanos, de que nadie nos otorgue una condición que ya nos pertenece,

ya nos es propia por el hecho de ser, sin requisitos de tenencia y sin prevalencias de ningún tipo de calidad adquirida sobre esa capa, innata, que es la humanidad. Si nadie nos otorga la condición de seres humanos y los derechos inherentes que la definen, nadie nos la puede, nos los puede arrebatarse, nadie nos los puede quitar... al menos no impunemente.

La elaboración de la Declaración Universal de los Derechos Humanos fue encargada a una comisión de las Naciones Unidas presidida por una mujer. De haber nacido unos mil quinientos años antes, Eleanor Roosevelt podría haber sido sacrificada a una deidad maya en Centroamérica, ser una sacerdotisa egipcia de haber vivido cuarenta siglos antes de su época o ser una prostituta tailandesa de haber sido engendrada en un barrio desfavorecido de Bangkok en la actualidad. En todos los casos habría sido un ser humano y, sin embargo, hasta que no presidió la comisión de los derechos humanos de las Naciones Unidas, Eleanor Roosevelt y el resto de mujeres y hombres del planeta Tierra no fueron reconocidos como algo que nadie podía reconocerles.

Aquello que nos iguala es nuestra condición humana, de manera que lo que nos diferencia debe de ser algo distinto de nuestro inalienable derecho originario pero tan sustantivo a su vez, tan relevante, como para que haya sido y continúe siendo tan cardinal para marcar las líneas de distinción de una vida, para convertir a una humana en presidenta del gobierno o en pecadora, en diosa o en científica, en vagabunda, en poetisa o en niña china asesinada al nacer. Aquello que nos iguala es nuestra condición humana y aquello que nos diferencia es nuestra mente.

2. LA MENTE DE LA DIFERENCIA

La realidad es una construcción. La propia condición de ser humano es una construcción que nos hemos otorgado para denominar una realidad que, a su vez, percibimos por los sentidos e interpretamos a través del filtro de la codificación cultural interiorizada en la socialización. La mente es un producto individual en un contexto inter-mental, en un contexto social.

El reconocimiento de Eleanor Roosevelt y la comisión de las Naciones Unidas de que los humanos poseen la inalienable condición de seres objeto de derechos es una construcción mental, enladrillada por códigos culturales en una sociedad concreta. Lo que hizo posible su gestación fue un momento cultural específico en donde un grupo selecto de seres humanos, manejando de una manera especial en su mente códigos culturales propios de una época, llega a una interpretación hasta entonces distinta de la realidad. Los seres humanos comenzaron a ser, a revestirse de cualidades, a partir de una interpretación de la realidad, realidad que por otra parte no tiene otra definición posible que la que surge de su interpretación.

Los seres humanos son seres sociales pero no es lo que primordialmente les define, aunque sí una de las peculiaridades que más les condiciona. Los

seres humanos son dudosamente seres racionales pero, sobre todo, son seres simbólicos, interpretativos. El ser humano es un constructor activo de la realidad.

El ser humano es un constructor activo de la realidad. Las estructuras dispuestas en el organismo para recolectar información acerca del entorno articulan un complejo sistema cuyos mecanismos permiten a cada persona elaborar su propia y única comprensión subjetiva de la realidad. El mismo objeto, por ejemplo una maleta de viaje o un pañuelo, puede traducirse en una profusión de significados diversos en individuos singulares según el contenido de sus experiencias personales. La maleta evocaría viajes exóticos en unas personas o vacaciones anuales rutinarias en otras; el pañuelo llamaría a recordar una velada romántica en alguien, mientras que en algún otro su significación no superaría el remedio ante un exabrupto fisiológico. Con todo, tales significados, aunque separados en lo personal, están sustentados sobre un eje básico determinado por los parámetros definitorios fundamentales que dan forma al objeto, los cuales nos permiten concluir que aquello que se observa es, en efecto, una maleta o un pañuelo. Puede afirmarse, por tanto, la existencia de un amplio consenso perceptivo sobre el entorno, que nos permite manejarnos en el mundo como colectivo social.

Tal consenso, no obstante, es menor en cuanto entramos a considerar formas cargadas simbólicamente, y todavía más precario en tanto nos aproximamos a elaboraciones mentales abstractas sustentadas esencialmente en atribuciones y en la interpretación de conceptos, como son las creencias o las ideologías. Símbolos y creencias ven reducidos el ámbito en que son compartidos, a menudo limitando el acuerdo sobre su percepción a grupos que las utilizan a la manera de signos definitorios de su identidad: es el caso de enseñas, himnos, mitos e iconos.

El conjunto de representaciones mentales que conforman la creencia y el símbolo, contruidos subjetivamente a partir de la interpretación de la realidad externa a la persona, asumen la función adicional y activa de pasar a servir de filtros con los que interpretar y evaluar la nueva información que llega al receptor, con los que «descifrar con sencillez unas realidades demasiado complejas», que diría Amin MAALOUF. De un modo bidireccional, el individuo construye la creencia a partir de su entorno personal hasta que llega un punto en que, estable y asentada en la mente, esa creencia comienza a servir para elaborar y filtrar la percepción de ese mismo entorno, ajustando la información que es coherente con la red de esquemas y rechazando o reinterpretando la disonante. En ese proceso, los esquemas mentales que vertebran esas creencias o ideologías toman progresivamente el control de la conducta en contextos donde el contenido de esos esquemas sea más proclive a activarse. Comienza a fraguarse, así, una realidad paralela, cargada simbólica y subjetivamente, que determina la conducta del sujeto o del grupo en donde la creencia sea un elemento definitorio de la identidad. Los esquemas mentales, instrumentalizados a través de actitudes, asumen una actividad autónoma y paulatinamente automatizada que guía la conducta

y de la que poco a poco el perceptor deja de ser consciente. La incidencia de estos esquemas es mayor en conductas complejas cuyos desarrollos se justifican sobre la base de creencias o teorías acerca de cómo debe funcionar la realidad.

De todo este modo y de algunos otros más complejos, la realidad se va construyendo en cada una de nuestras mentes. Hasta tal punto la mente es predominante en nosotros y nosotras que podríamos afirmar con pocas dudas, y a expensas de que las ciencias y esa nueva disciplina en ciernes que será la biología de la mente vayan despejando la niebla sobre el horizonte de la comprensión... podríamos afirmar con pocas dudas que somos en función de nuestra mente.

Obviamente, la mente no se construye y se estructura en función de la nada. Lo que acabe siendo la definición de nuestra topografía mental depende de todas las influencias a las que está sometido un ser humano, interactuando entre sí. La mente es el resultado de los aportes filogenéticos (memoria profunda de nuestra especie codificada en nuestra genética), de nuestra ecuación biológica individual (producto así mismo de la concreta combinación genética que hemos heredado de nuestros progenitores) y de los diversos círculos interpersonales y sociales en los que nos desarrollamos como humanos. Total, que el camino de la construcción mental tiene una curiosa fisonomía circular, comenzándose a moldear a partir de la influencia de todos estos elementos biopsicosociales pero finalizando por convertirse en el filtro a partir del cual nosotros actuamos sobre los elementos biopsicosociales.

Consideremos la mente de una mujer. La identidad del ser humano es un constructo, un concepto, del que también nos hemos dotado para explicar que existe una determinada configuración en nuestro interior que, aunque configurada en función de nuestro exterior, determina quiénes somos, cómo somos, cómo pensamos que nos perciben los demás y cómo deberíamos ser en función de nuestras propias expectativas. Es decir, la identidad es lo que nos diferencia individualmente. Si cada uno o cada una de nosotras hacemos un ejercicio de mínima introspección, reconoceremos que en nuestro interior estamos nosotros mismos, nosotras mismas. Es decir, que la persona que somos nos habla desde el interior, pero no desde todo el interior, sino concretamente desde el interior de nuestra cabeza. El fenómeno tiene la apariencia semejante a como si hubiera una voz dentro de nosotros que nos estuviera representando. Esa voz, obviamente, son nuestros pensamientos expresados en forma de lenguaje, pero... ¿de dónde proceden?

Algunos investigadores sitúan la localización de la identidad en el lóbulo frontal derecho y otros proponen otras ubicaciones más funcionalmente trasgresoras como la corteza parietal (que está involucrada, entre otras cosas, en la representación del cuerpo y en diversas fases del movimiento). Lo cierto es que, hoy en día, no hay manera de saberlo. Y tampoco importa demasiado de momento, porque tal vez descubramos que la mente no tiene

localización ni sentido sin la consideración del cerebro globalmente. Pues bien, lo que sí puede avanzarse sin despegarnos demasiado del conocimiento existente y de un saludable sentido común, es que la mente responde al trabajo colaborativo de poblaciones neurales. Ese trabajo colaborativo estructura la sinergia de circuitos neurales que aportan información sobre nuestro cuerpo, emociones, sentimientos y una multitud de conceptos asociados. Unas veces la asociación entre estados corporales, información sensorial, emociones y conceptos terminará de hacerse de manera muy rápida y quizás en una sola escena vital; otras, esa asociación tardará más tiempo, necesitará de más activaciones de las mismas rutas neurales y de que los mismos estados corporales e inputs sensoriales, coloreados por emociones y etiquetados por conceptos se repitan y repitan para acabar «solidificándose» en asociaciones neurales estables. Lo que parece estar claro es que la identidad es el resultado de poblaciones neurales que se activan juntas, con una determinada ecuación o algoritmo que a su vez representa, de un modo matemáticamente reflejo, a la fotografía del individuo concreto, y que esa activación colaborativa, muy dependiente para sus cimientos de las experiencias tempranas, tiende a ser estable en cada persona a lo largo del tiempo y a través de situaciones personales, interpersonales y sociales distintas. Invierta más o menos tiempo en componer cada una de las notas que acabarán definiendo la partitura única de cada una de nuestras identidades, es sensato proponer que la estabilidad de la identidad necesita una longitud temporal considerable para producirse. En mi opinión, la identidad individual como tal no llega a la estabilidad hasta la treintena del individuo, aunque a partir de la preadolescencia el edificio de la identidad ya tiene configurado su esqueleto.

De manera que la identidad responde a alineaciones neurales más o menos estables. De entre los componentes de las rutas neurales que determinarán nuestra identidad, los más biológicos son los que hacen referencias a estados corporales, a la información procedente de nuestros sistemas sensoriales de recogida de información y a los estados emocionales. Después vienen las etiquetas más psicológicas y, por tanto, más socialmente influidas, que son los sentimientos (o sea, nuestra interpretación mental de las emociones) y los conceptos, aquellos artificios interpretativos contruidos con lenguaje que sirven para etiquetar el mundo, para construir la realidad.

3. EL IMPERATIVO BIOLÓGICO

Consideremos entonces la mente de una mujer. Como en todos los seres humanos, la definición identitaria final y adulta dependerá muy claramente en sus cimientos de estados corporales, inputs sensoriales, emociones y conceptos, todos ellos ligados entre sí en el transcurso de interacciones con el entorno durante las experiencias tempranas. Posteriormente, lo que será el edificio de la identidad y, por tanto, el centro neurálgico del barrio mental del individuo, se irá construyendo con los ladrillos neurales fruto de experiencias de casi tres décadas de vida, estabilizando rutas de comunicación

neuronal que continúen asociado estados corporales, inputs sensoriales, emociones y conceptos.

Tras leer estas líneas puede llegarse a la impresión de que nos estamos dejando fuera de la ecuación las situaciones, las escenas interpersonales que vive el sujeto durante su existencia... ¿es que no se asocian como un componente más en estas rutas neurales a las que no paramos de referirnos?... pues sí, ya las hemos contemplado. En realidad, no hay ninguna escena exterior que no llegue a nuestro cerebro por otro camino que no sean los sentidos y allí, en el cerebro, el entorno captado a través de los sentidos, es en parte convertido en percepciones sensoriales por nuestra corteza cerebral y en parte traducido a conceptos que nos servirán para interpretar la realidad, para construir la realidad circundante.

Pues bien, la mente de una mujer está construida a través de conceptos, de interpretaciones, muy relacionadas con el lenguaje pero no sólo, también con otra compleja variedad de inputs sensoriales (imágenes, sonidos) algunos de los cuales se ligan en la mente a conceptos traducidos en lenguaje (pensamientos) y otros se vinculan sin mediación de pensamiento a nodos neurales emocionales (es el caso, por ejemplo, de la música, que puede disparar por sí sola estados emocionales, aunque inmediatamente después todo el conjunto puede ser canalizado hacia una operación mental de dotación de significado, donde ya interviene el pensamiento con lenguaje, más o menos implícito).

En la ecuación de la mente mencionamos continuamente estados corporales, estímulos sensoriales, emociones, conceptos... pero nuevamente, ¿de dónde proceden todos ellos? Los estados corporales están muy condicionados, evidentemente, por nuestra constitución fisiológica. En el cerebro hay una representación topográfica de cada uno de los milímetros de nuestro cuerpo... siendo cada cuerpo distinto, ya tenemos una primera fuente de diferenciación biológica individual que va a sumar a nuestro perfil mental final. No obstante, no pierdan de vista que incluso en la percepción psicológica de nuestros estados corporales, en cuanto nos descuidemos, entra en juego una construcción mental interpretativa... una mujer y un hombre ¿tienen biológicamente una sensación distintiva de sus cuerpos en función de diferencias sexuales?... esto sólo sería así si los órganos que son biológicamente distintos enviaran «mensajes» diferenciales al cerebro, es decir, si la preponderancia de la testosterona o de los estrógenos creara estados somáticos distintos a priori. Tal vez, esto sea así, aunque no sabemos con seguridad separar la respuesta química y fisiológica que produce en nuestro organismo la presencia hormonal diferencial de la interpretación que a posteriori, individualmente pero influidos por los códigos sociales con los que nos hemos criado, hacemos de esa diferente presencia bioquímica. En todo caso, el cuerpo ya lo traemos de serie y aporta un porcentaje determinado, y desconocido de momento, a la definición de nuestra mente.

Continuando en cuanto a «cantidad» biológica de los componentes, lo siguiente a revisar son los inputs sensoriales. Todo el entorno circundante

al ser humano atraviesa el filtro de los sentidos para interiorizarse. De entrada, por tanto, no existe nada que llegue a nosotros en estado de «pureza virginal» o de «objetividad absoluta». Los humanos tenemos unos umbrales sensoriales, que nos permiten captar rangos de luz o espectros auditivos que no excedan o que no desciendan de determinadas escalas físicas. Esa información que nos llega es procesada por determinadas regiones del cerebro y traducida a percepciones. En las percepciones ya comienza a intervenir lo que tenemos almacenado en el cerebro, de tal suerte que la estimulación sensorial que llega se interpreta a partir de modelos de reconocimiento ya almacenados en nuestros reservorios de memoria sensorial. Así, las primeras estimulaciones de los sentidos serán determinantes para procesar la información que continúe llegándonos en la vida.

Después tenemos las emociones, que son respuestas fisiológicas a estados internos producto de la exposición a coaliciones estimulares externas o ambientales. Estas respuestas emocionales tampoco comienzan siendo «vírgenes» en nuestra experiencia vital, sino que se asientan sobre un componente, mínimo eso sí, de memoria filogenético o de especie que ya traemos de serie. Por ejemplo, el miedo. Existen miedos muy aprendidos y otros condicionados por nuestro historial filogenético; existen miedos que se adquieren temprano en la vida, por asociación entre estados corporales y estímulos externos, y otros mucho más elaborados a partir de estimulación social compleja y adquiridos en diversos momentos de la vida del individuo. Con todo, sea cual sea el componente precableado de nuestras respuestas emocionales, lo seguro es que las emociones crean determinados estados corporales. Esos estados son interpretados, etiquetados en nuestra mente y ahí comienzan también a construirse, a dotarse de significado.

La dotación de significado es constante en el ser humano y siempre, aunque más o menos condicionada biológicamente dependiendo del peso de cada componente en cada caso, es construida a partir de conceptos. Entonces... ¿de dónde salen los conceptos? Pues los conceptos, señoras y señores, y con esto nos acercamos al final del viaje... los conceptos los ponemos nosotros y nosotras. Hasta tal punto es así que hombre y mujer son dos conceptos que hemos construido... que el hombre no sea mujer y que la mujer no sea hombre, conceptualmente hablando, depende en exclusiva de nuestra historia construida a lo largo de la vida de la humanidad. Así de sencillo. Haciendo incluso una cabriola intelectual, los hombres podrían ser mujeres o las mujeres podrían ser hombres o ni siquiera existir ninguna de las dos categorías si hubiéramos construido la historia de otra manera. ¿Que el propio impulso biológico de la procreación ya determinó desde los primeros Australopiteca el modo en que íbamos a construir nuestras imágenes de nosotros mismos?... puede que sí, o puede que no... las alternativas son difíciles de vislumbrar.

4. LA MENTE QUE DIRIGE

La mente es producto del cerebro. La identidad es el centro gestor de la actividad mental y el lenguaje su vehículo de expresión. La mente puede controlar hasta extremos difícilmente imaginables por muchos y muchas los imperativos biológicos. Es cierto que, por ejemplo, a partir de cierta edad en la mujer existe un impulso biológico hacia la maternidad, pero también lo es que la traducción personal de ese impulso es cada vez más dependiente de la interpretación que cada mujer hace de él, de cómo lo canaliza psicológicamente. Esta canalización, a su vez, está muy influida por los códigos sociales alrededor de esa construcción psicológica.

Los conceptos y, por tanto, el mayor componente porcentual de la estructural identitaria y mental del individuo, son artificios de definición individual, altamente condicionados e incluso predefinidos por códigos culturales transmitidos intergeneracionalmente, y al final responsables de nuestras operaciones de dotación de significado y de construcción de las realidades individual y social. Nosotros y nosotras somos lo que hemos construido que somos.

El peso de los sistemas mentales de construcción de la realidad es de tal significación en nuestras vidas que, al final, la estructura mental que se ha erigido a partir de la experiencia previa comienza a automatizar la percepción de nuestra experiencia posterior a través de los modelos que ya están preestablecidos en la mente. Las investigaciones en el campo de la psicología cognitiva han demostrado de forma reiterada que una vez que el ser humano ha construido un modelo interpretativo o de significado sobre cómo debe estar representada en su mente una determinada porción de la realidad (desde una sencilla, como que el planeta Tierra es plano, a una más complicada, como por ejemplo el papel que debe de representar la mujer en la sociedad), sus esfuerzos irán encaminados a validar ese modelo aun a costa o en contra de la evidencia estimular disponible, que será reinterpretada para ajustarse, para encajar en el modelo mental previo de referencia a toda costa. Únicamente si el humano tiene una repetidísima evidencia en contra de su modelo mental, recibe presión del grupo y tiene alguna motivación personal, del tipo que sea, para cambiar el modelo, iniciará los pasos para hacerlo. Este axioma es tanto más rotundo cuanto más cercanos a nuestra identidad estén esos modelos mentales de dotación de significado a la realidad.

El feminismo siempre ha tenido razón. Lo que somos hoy está en función de unas divisiones de género, conformadas por conceptos que se remontan a la intrahistoria de la humanidad, que han acabado construyendo la realidad en código masculino. Este resultado ha venido siendo así a partir de unas condiciones iniciales en las primeras poblaciones sociales que han condicionado, desde los primeros modelos mentales construidos, la atribución individual y colectiva de significados durante todo el desarrollo humano posterior.

La mente de las mujeres, al igual que la mente de los hombres, es un campo de interpretación y significación de la realidad que ha crecido en una sociedad codificada en masculino. El peso individual y colectivo de los esquemas previos es de tal magnitud, que pasarán mucho más que décadas para que la situación de significación de la realidad, y por tanto su construcción, se modifique hacia la igualdad. La igualdad, exactamente como todo lo demás, depende de que tengamos nuestras mentes alineadas para ello y, sobre todo, de lo que hagamos y no dejemos de hacer hacia la consecución de ese horizonte.

La mente de las mujeres es lo que cada mujer quiera hacer de ella. Es cierto que estará muy condicionada por los presupuestos previos y por toda una serie de cadenas de operaciones neurales, ligadas a conceptos predefinidos, muy automatizadas de las que es difícil, principalmente, percatarse siquiera de que están operando. Una vez que se toma conciencia de esas operaciones, de esos presupuestos mentales, se puede comenzar a cambiar, a desaprender y a constituir una nueva mente a partir de la cual actuar sobre la realidad, para revertirla, para hacerla otra a través de la influencia inter-personal. Los conceptos no existen más allá de lo humano, los hemos construido nosotros y nosotras, y sólo nosotros y nosotras podemos cambiarlos.